
ESTUDIOS

EL ENFOQUE CULTURAL Y LAS CONCEPCIONES GEOGRÁFICAS DEL ESPACIO

Paul Claval

Universidad de Paris-Sorbonne

RESUMEN

Las concepciones naturalista y funcionalista, que dominaron fuertemente la investigación geográfica hasta finales de los años 70 del pasado siglo, descansan en la idea de que la naturaleza y la sociedad son datos que el investigador no debe cuestionar.

El enfoque cultural parte de una visión diferente de lo real: se rechaza la idea de que la naturaleza, la sociedad, la cultura o el espacio son identidades globales y homogéneas. Este criterio nos hace descubrir el sentido que le dan los seres humanos a los decorados que los rodean y que, en gran medida, han construido. Entramos en el universo de sus valores y creencias, y aclara las estrategias que retienen en su vida social, política o cultural. La ciencia es una práctica discursiva, incluso si se diferencia por la aplicación de normas que garantizan su autenticidad.

Palabras clave: geografía, enfoque, espacio, naturalista, funcionalista, cultural.

ABSTRACT

The naturalist and functionalist conceptions, which strongly dominated the geographical investigation until the end of the 70s of the last century, are based on the idea that nature and society are data that researchers must not discuss.

The cultural approach starts from a different vision of reality: the idea that nature, society, culture or space are global and homogeneous identities is rejected. This criterion makes us find out the meaning given by human beings to the scenery surrounding themselves, and which, at a great extent, they have built. We come into the universe of their values and

Fecha de recepción: enero de 2003.

Fecha de admisión: marzo de 2003.

beliefs, and the strategies that they remember in their social, political and cultural lives are made clear. Science is a discursive practice, even if it is identified by the application of rules that guarantee their authenticity.

Key words: geography, approach, space, naturalist, functionalist, cultural.

Los geógrafos describen la faz de la Tierra, la diversidad de sus paisajes y la distribución espacial de sus habitantes, actividades y obras. Intentan mostrar en qué difieren los conjuntos naturales y los grupos sociales, y en qué se parecen. Se agarran al significado que tienen para las personas los lugares en los que viven y los paisajes a los que pertenecen. Se trata de objetivos complejos y que se han ido imponiendo progresivamente: empezando por la descripción razonada de la tierra, desde finales del siglo XVIII la geografía no ha dejado de ampliar sus ambiciones explicativas. Desde hace medio siglo, se afirma la atención concedida a la experiencia vivida.

Con motivo de estas transformaciones, los geógrafos fueron modificando sus concepciones del espacio y los atributos que lo caracterizan. La extensión que analizan no es el puro continente del cartesianismo. Se trata de una realidad natural, al mismo tiempo que social. En este campo, se pueden distinguir dos grandes perspectivas:

1. En cuanto a la primera, al observador se le imponen grandes realidades objetivas: la distinción entre naturaleza y sociedad parece evidente. La investigación se centra en los problemas que surgen desde esta perspectiva. Se apoya en la hipótesis de que los conjuntos que observamos únicamente existen porque se respetan algunos imperativos globales: mantenimiento de propiedades relativamente estables en el seno de los medios, producción de aquello que resulta necesario para la vida de los individuos y las comunidades —sociedades humanas en particular—, reproducción de los seres vivos (de los hombres entre otros), y equilibrio de las pirámides más o menos complejas en las que participan.
2. En la segunda perspectiva, lo real se percibe como una amalgama compleja en la que resulta difícil establecer la distinción entre subconjuntos. Para su análisis, al investigador no le queda otra solución que tener en cuenta, uno a uno, los procesos de la tarea que observa y agarrarse a los planes estratégicos de todos los actores que contribuyen a modelar la superficie de la tierra.

La segunda perspectiva implica que el investigador vaya al meollo de lo real, que se interroge acerca de lo que sucede en el plano local y tenga en cuenta el destino de cada ser y la experiencia de cada individuo. Un trabajo como éste exige tiempo y conlleva el riesgo de obtener, durante mucho tiempo, únicamente resultados parciales y, con frecuencia, difícilmente aplicables. La primera perspectiva parte de una constatación, la de la existencia de entidades globales y saca, del análisis de sus funcionamientos, lecciones que parecen ser claras.

Los geógrafos, al igual que la mayoría de los especialistas en ciencias sociales, consideraron durante mucho tiempo, que su papel consistía en explicar las realidades globales que

revela la experiencia. Lo llevaban a cabo adoptando un punto de vista naturalista o funcional. La crítica moderna de las ciencias sociales subraya la fragilidad de las hipótesis sobre las que descansan los grandes relatos interpretativos elaborados desde hace dos siglos. Para ir más allá en la comprensión del mundo, la investigación se hace más modesta, da más valor a la exploración de las realidades más menudas y explora lo que sucede a escala local, antes de hablar de realidades globales.

La objetividad reivindicada por las perspectivas funcionalistas, conducía a la eliminación de los aspectos subjetivos de la vida social: no se aferraba ni a la génesis de las normas, ni al papel de los valores. Éstos existían, pero para quienes los estudiaban, su naturaleza no difería de la de los usos, costumbres y hábitos que describían en otros lugares. A partir del momento en que el investigador deja de considerar la realidad desde un punto de vista que homogeneiza lo que ve, ya nada se opone al hecho de que tenga en cuenta la subjetividad de los elementos que estudia, las normas en las que se basan y los valores que tomaron como propios.

Para entender de qué modo los geógrafos han concebido y conciben el espacio, es útil distinguir los pasos naturalistas o funcionalistas que han dominado hasta los años 60, así como el enfoque cultural que se desarrolla, sobre todo, desde los años 70.

EL ESPACIO (O LOS ESPACIOS) DE LA GEOGRAFÍA, CONCEBIDA COMO ESTUDIO DE LA INSERCIÓN DE LA SOCIEDAD EN LA NATURALEZA

Durante tiempo, los geógrafos consideraron que la naturaleza constituía la realidad fundamental, y que se tenían que consagrar a su estudio. ¿Acaso no existe desde que se formó la Tierra? ¿No habría que comprender cómo se formó y las formas que tomó antes de analizar a aquellos que se instalaron más tarde en ella, es decir, los seres humanos?

Las relaciones naturaleza/sociedad

Desde finales del siglo XVIII, los geógrafos se consideran, gustosamente, naturalistas, incluso cuando hablan de realidades humanas. Son, así, herederos de los filósofos de la naturaleza, que tanto peso tuvieron a finales de la época de las Luces: el papel que se asignaron por aquel entonces muchos geógrafos, fue el de hacer sentir la maravillosa complejidad de la Creación y, a través de ella, poner al día las intenciones del Creador. La naturaleza nos es dada: si queremos conocer a Quien nos hizo, tenemos que aprender a descifrarla y leerla (Gusdorf, 1973).

Los seres humanos viven en sociedades: indios aquí y chinos allá, franceses aquí y alemanes allá. Es un dato empírico. Los geógrafos no intentan reconstruir la génesis de las entidades sociales que observan. Su ambición consiste en conocer la forma en la que la sociedad, o las sociedades, concebida(s) como una o varias realidades globales, se insertan en esta otra realidad global, llamada naturaleza. Los grupos de seres humanos aprendieron a sacar de su entorno lo que necesitaban para hacer frente a sus necesidades: producen alimentos, construyen lugares de abrigo, fabrican ropa y herramientas. La conservación biológica de cada uno de sus miembros, así como la reproducción de los individuos queda, de este modo, garantizada.

La problemática es naturalista, al igual que los métodos utilizados. Los geógrafos no se inclinan por los procedimientos de decisión y las elecciones de aquellos que estudian. No se atan a los mecanismos sociales. Se trata de naturalistas de los repartos humanos. La observación de los paisajes resulta suficiente para evidenciar los métodos imaginados por los diferentes grupos con el fin de lograr su inserción en la naturaleza (Claval, 1995).

La geografía como ciencia de la superficie terrestre

Desde este punto de vista, los geógrafos no se interesan por el espacio tal y como lo definen los geómetras. Para elaborar los mapas que necesitan deben de tener, evidentemente, conocimientos sólidos de cosmografía, comprender el lugar de la Tierra dentro del sistema solar y cómo se pueden determinar las coordenadas de los puntos estudiados, para precisar su localización, a través de mediciones de entre las cuales muchas son astronómicas. El trazado de los mapas representa una fase previa en el trabajo del geógrafo. Por lo general, su realización se delega en especialistas, ingenieros topógrafos o geodestas, dependiendo de la escala a la que intervienen. Los geógrafos utilizan los mapas para analizar la superficie terrestre, aunque no son ellos quienes los elaboran.

Suess ilustra maravillosamente los temas que dominan a finales del siglo XIX. Según él, la geografía se interesa por el rostro de la Tierra (Suess, 1883). Éste coincide con la superficie de contacto entre la litosfera y la hidrosfera por una parte, y la atmósfera por otra. La primera realidad para el geógrafo es, por lo tanto, la del paisaje, pero el paisaje visto desde el cielo y cartografiado, en vez de aquel que el viajero descubre con un placer renovado durante su trayecto.

La superficie terrestre como mosaico de paisaje y de pirámides de seres vivos: un punto de vista ecológico que insiste en las relaciones locales entre el ser humano y la naturaleza

El análisis del paisaje revela un mundo compuesto por un mosaico de entornos locales. Algunos se conservan puramente naturales. Otros fueron modificados por el hombre, quien tomó posesión del suelo y modificó los usos: de las primeras pirámides ecológicas, subsisten sistemas de cultivo que ponen a sus disposición más productos consumibles que los bosques, las sabanas o las estepas primitivas. La inserción de los grupos humanos en la naturaleza se consigue cuando los ecosistemas originales de los que sacan partido, o los ecosistemas cultivados que han creado, garantizan su alimentación en condiciones de abundancia y de seguridad, lo cual les permite reproducirse sin problemas.

El crecimiento de las poblaciones replantea, periódicamente, el equilibrio grupos/naturaleza y conlleva amenazas de sobreexplotación. La solución tan sólo puede llegar a través de la invención de nuevas formas de sacar partido del medio, de la emigración de excedentes de población, o del desarrollo de intercambios con zonas donde las recolecciones tienen excedentes.

El estudio de la humanización de la naturaleza pasa por el análisis de las herramientas de las que disponen los grupos sociales. Descansa en el inventario de especies vegetales o animales que utilizan para hacer frente a sus necesidades. En las zonas que siguen siendo vírgenes, la explotación descansa en la recolección de plantas comestibles y la captura de fauna mediante caza o pesca. En otros lugares, la valorización implica desbroces que permiten la

propagación de especies domesticadas. El análisis de los estilos de vida muestra, así, las modalidades prácticas de la inserción ecológica de los grupos humanos en el entorno.

Una realidad estructurada: paisajes agrícolas, regiones y medios humanizados

El paisaje que representa la primera fuente de datos de los geógrafos, no es igual en todas partes. Ahí donde la influencia del ser humano está ausente, sus principales características provienen de las asociaciones vegetales dominantes: macizos forestales, extensiones herbáceas de praderas, estepas o sabanas y formaciones arbustivas y espinosas. Los grupos que se basan en el desbroce y que ponen en valor sus tierras, tienen que conciliar unos objetivos contradictorios: proteger las tierras cultivadas de los desplazamientos del ganado y hacer que los campos se beneficien del abono aportado por los animales. Las soluciones son escasas: bocages, sistemas de *infield-outfield*, o *openfields*.

Los geógrafos, al plasmar en los mapas los resultados de sus observaciones o de los datos proporcionados por los servicios estadísticos, ven como dibujados los conjuntos, las regiones. Algunos de ellos le deben su originalidad a las condiciones naturales. A veces, las transformaciones provocadas por el aprovechamiento de las tierras se inscriben exactamente en los límites de estas regiones naturales: es lo que caracteriza a las regiones geográficas, en el sentido que se le da a este término en Francia durante la primera mitad del siglo XX. En otros casos, los paisajes modelados por las actividades humanas no se corresponden con las fronteras de origen natural. Definen regiones agrícolas o regiones industriales. Una vez creadas, estas divisiones se comportan, en ocasiones, de manera estable: se habla de regiones históricas. Cuando, finalmente, es la atracción de un centro urbano la que le da la unidad a un conjunto, por otra parte, diverso, estamos ante una región polarizada.

Los medios humanizados ofrecen, en ocasiones, caracteres parecidos en puntos muy alejados, y entre los cuales no hay relaciones directas. Vidal de la Blache distinguía, de este modo, en el mundo mediterráneo, algunas familias de medios humanizados: las grandes llanuras pantanosas e insalubres, las costas rocosas y recortadas dedicadas a la pesca y el comercio, las zonas de colinas donde la trilogía mediterránea del trigo, el olivo y la viña aseguraban cierto desahogo, etc.

La superficie terrestre aparece, así, como un mosaico de paisajes, regiones y medios urbanizados, que los geógrafos observan, cartografían y cuya génesis y longevidad, a veces sorprendente, intentan comprender.

El análisis de la situación o posición

Los geógrafos saben que las condiciones de inserción de los grupos humanos en el entorno varían según la latitud, la altitud, el mayor o menor grado de proximidad al mar y la existencia de vías de paso. Para explicar estas dimensiones de la realidad, recurren a otro concepto espacial, el de la situación o posición (Claval, 1998): de este modo, tienen en cuenta el papel de las relaciones e influencias que ejercen de lugar en lugar, de país en país, de región en región, etc.

El estudio ecológico ayuda a entender los lazos que establecen los grupos sociales con el medio en el que están instalados. El análisis de la situación recuerda que los humanos son

móviles. Se desplazan, intercambian bienes, se informan sobre lo que sucede en otros lugares. No dependen únicamente del entorno local; establecen relaciones con medios a menudo alejados. Al analizar la posición absoluta (la latitud) y la posición relativa (que explica el mayor o menor grado de facilidad que se tiene para establecer relaciones, en un punto, con los demás), los geógrafos no intentan apreciar el papel de la distancia en el funcionamiento de los grupos humanos. Dentro de la inserción exitosa de los grupos en la naturaleza, intentan ver la parte que ocupan las relaciones establecidas con los medios alejados.

El espacio como dimensión psicológica

Para quien concibe la geografía como el estudio de la inclusión de las sociedades en la naturaleza, no es necesario utilizar términos abstractos: el investigador no se limita al análisis del espacio, sino que parte de la superficie terrestre, del mosaico que ofrece a la vista, de los medios, paisajes o regiones que puede reconocer en él. Lleva a la práctica el análisis de la situación para mostrar que las poblaciones ayudan a lugares que no siempre están cerca.

No obstante, el espacio no está ausente dentro del vocabulario de los geógrafos. Se utiliza el término, pero en un contexto muy restringido: las sociedades complejas, nacidas del progreso, disponen de los medios materiales necesarios para organizar áreas extensas; pusieron a punto técnicas agrícolas bastante productivas, para que una parte de la población se dedique a otras tareas, artesanales, de servicio u oficiales. Las élites están incluso dispuestas a sacar provecho de la complementariedad de los medios para estructurar áreas extensas. Para conseguirlo, necesitan disponer de cualidades psicológicas especiales, es decir, el sentido del espacio, *Raumsinn* según Ratzel (Ratzel, 1897).

Hacer de la naturaleza un primer dato, y de la inserción en su seno de los grupos sociales el problema central de la geografía, es convertir a ésta una disciplina que sólo se interesa por el espacio bajo dos perspectivas muy delimitadas: la de las relaciones hombre/medio en el sentido de las pirámides ecológicas locales; y la de las relaciones hombre/medio, pero en el marco ampliado del análisis de situación. Se lleva a cabo la investigación desde una concepción naturalista. Se inscribe en una perspectiva evolucionista, lo que le otorga una dimensión histórica. Las transformaciones de los medios bajo la actuación del hombre tienen un aspecto acumulativo: la naturaleza de los suelos y las formas de vegetación cambian, con frecuencia de forma irreversible; se llevan a cabo ordenamientos que facilitan, a largo plazo, la acción humana; los cambios a menudo revisten también un carácter cíclico, por ejemplo, las fases de conquista de tierras alternan con períodos de desprendimiento y las épocas de construcción siguen a episodios de destrucción. El espacio descrito por los geógrafos es el resultado de una evolución natural de la que forman parte los grupos humanos.

EL ESPACIO (O LOS ESPACIOS) DE LA GEOGRAFÍA Y EL PAPEL DE LA DISTANCIA EN EL FUNCIONAMIENTO DE LAS SOCIEDADES

La geografía y el papel de la distancia en el funcionamiento de las sociedades

El punto de vista naturalista no es el único que permite estructurar la geografía. A partir de los años 50, la problemática a la que hacen frente los geógrafos deja de ser prioritariamente

la de la inserción de las sociedades en una naturaleza que es anterior a ellos y que utilizan y transforman. A partir de ese momento, lo que se intenta comprender es la forma en que los grupos sociales siguen siendo coherentes y funcionan, a pesar de las distancias que separan a sus miembros (Ullman, 1980). El aislamiento es un fuerte obstáculo para el desarrollo de una vida con una relación rica y variada, aún cuando se pueda convertir en una garantía de seguridad en un período turbio. Los lugares hacia los que convergen las vías, en el centro de grandes espacios, disfrutan de ventajas innegables.

Para los geógrafos, la inclusión de los grupos sociales en la naturaleza ya no es la preocupación esencial. Las ideas de naturaleza y entorno dejan de ser conceptos clave. Únicamente intervienen en los razonamientos a través de los recursos ofrecidos por los medios a la iniciativa humana, los riesgos que provocan y las atenciones que crean y que atraen a las personas hacia ciertos puntos.

Mientras que la inserción de las sociedades en la naturaleza implicaba, inicialmente, una dimensión temporal, la de la evolución natural, la consideración del alejamiento en la vida de los grupos se sitúa en el presente. Evidentemente, podemos enfocar este tipo de estudio, tanto para las sociedades del pasado, como para las actuales pero, en cualquier caso, lo que se intenta aclarar es la situación en un instante dado, y no una secuencia evolutiva.

Los conceptos clave: espacio, distancia, localización

Para quien intenta evaluar el impacto de la distancia en el funcionamiento de las sociedades, el dato de base no es la superficie terrestre, con la diversidad de ecosistemas que la caracterizan. Se trata del soporte sobre el cual está implantada la propia sociedad. Se presenta como una extensión más o menos continua, y no como un mosaico de medios. Es un factor que interviene en las combinaciones productivas, un objeto de consumo y un obstáculo que hace que el desplazamiento de bienes, personas e informaciones sea costoso. El objeto que llama la atención de los geógrafos no es una realidad concreta, cambiante y compleja. Se trata de una superficie sin la cual, las personas no podrían vivir, pero que crea, entre ellas, distancias que perjudican las interacciones que necesitan establecer. Para designar esta superficie, los geógrafos hablan de espacio. Su ciencia se convierte en una disciplina del espacio, un estudio de los aspectos espaciales de los comportamientos.

El paso del estudio de la superficie terrestre al del espacio en el que evolucionan las sociedades, marca una ruptura en la imagen que tenemos de los estudios geográficos. Se abandona el punto de vista naturalista y su gusto por lo concreto. El análisis descansa sobre un esfuerzo previo de abstracción: no es éste o aquel lugar, con sus particularidades, lo que se encuentra en el centro del análisis, sino la forma en que se establecen las relaciones entre las piezas del rompecabezas social.

En vez de analizar situaciones o posiciones, se intentan explicar las localizaciones. Para ello, se evocan los lazos que se establecen entre las empresas y los recursos naturales que utilizan (tierra, energía, minerales y otras materias primas) y los mercados donde sacan su producción. Estos mercados se confunden, más o menos, con los *agregados* de población. De esta manera, lo que los geógrafos intentan explicar es el arbitraje que se produce en la elección de las implantaciones, entre el peso de los factores naturales y el de

los elementos puramente sociales. La localidad que permite obtener los beneficios más elevados, se encuentra jugando con las distancias a las fuentes de aprovisionamiento y a los mercados.

¿Se confunde el espacio del que hablan los geógrafos con el de los geómetras? Algunos así lo piensan en los años 60, pero su postura pronto se revela insostenible. Aunque el espacio de la geografía haya perdido el carácter concreto de los ecosistemas, no se confunde, de ningún modo, con la pura extensión de los geómetras, puesto que está organizado.

La organización del espacio

El espacio estudiado por «la nueva geografía» no está formado, únicamente, por elementos físicos o naturales. Está poblado por personas que establecen lazos entre sí. Estas relaciones, cuando duran, dan lugar a redes. Éstas son, en primer lugar, realidades sociales, puesto que unen a negociadores unidos por sus asuntos, profesionales que necesitan consultarse periódicamente, o parejas de vendedores y compradores, prestadores de servicios y clientes. Estas redes también son realidades materiales, puesto que los desplazamientos de personas e intercambios de bienes se llevan a cabo gracias a las vías de comunicación; las informaciones, noticias y órdenes circulan por redes de telecomunicación.

La geografía se aferra, en primer lugar, a la doble dimensión social y material de la organización del espacio. Pone de manifiesto, de este modo, el papel que tienen, en las interacciones sociales, los ejes de carreteras, las conexiones ferroviarias, las vías aéreas y los nudos hacia los que convergen. Estos nudos son puntos privilegiados, puesto que en ellos es posible cambiar fácilmente de asociado. Los estándares telefónicos ofrecen una imagen simplificada de ello: permiten que se comprenda que los lugares centrales son los conmutadores que facilitan el paso de un interlocutor a otro en las relaciones directas, al igual que la centralita permite el diálogo, en un tiempo mínimo, de dos comunicadores cuando se realiza una llamada. El papel de los conmutadores en la vida social explica la estructuración de las redes y la organización del espacio.

Los focos hacia los que convergen los ejes de comunicación polarizan la vida y las actividades de regiones más o menos amplias. Sin ellos, el espacio quedaría desorganizado. La polarización es la que crea un orden y provoca el nacimiento de las estructuras en los tres registros: relaciones sociales, infraestructuras de comunicación y jerarquía de las ciudades. Las grandes ciudades ofrecen más ventajas que las áreas circundantes; las regiones centrales de los Estados están mejor situadas que las zonas periféricas para todas las actividades ligadas a los mercados. A muchos agentes económicos les interesa instalarse en ellas. Se crea, de este modo, una oposición centro/periferia, que representa uno de los temas esenciales de las investigaciones acerca de la organización del espacio.

La evolución contemporánea de los sistemas de comunicación y telecomunicación permite disfrutar a un mayor número de puntos, de las ventajas que antaño se encontraban concentradas en la cumbre de la jerarquía urbana. El atractivo de las localizaciones centrales no ha desaparecido, sino que éstas son más numerosas, tal como lo muestra la proliferación de las grandes metrópolis. Éstas atraen, aunque estén lejos entre sí, sedes sociales de grupos potentes y servicios para las empresas, puesto que pertenecen a un mismo círculo de comunicación fácil.

Existen lazos de unión entre las redes sociales, las redes de transportes y telecomunicaciones y las redes urbanas. Se trata de tres niveles de la realidad; hay unas profundas «analogías» entre ellas: obedecen a una misma lógica espacial.

Las ventajas del alejamiento

La reflexión acerca de la organización del espacio no se limita a poner de manifiesto las ventajas del centralismo, que reduce los obstáculos creados por el alejamiento, limitando los desplazamientos necesarios. Muestra que el aislamiento también puede hacer surgir ventajas. En períodos de inestabilidad, representa una garantía para la seguridad. Mientras que la medicina luchaba mal contra las epidemias, si se quería escapar de una muerte precoz, lo mejor era vivir en un valle de montaña aislado, y no en un gran puerto.

El alejamiento y el aislamiento favorecen, igualmente, el nacimiento de tradiciones originales. Gracias a éstos, de las lenguas surgieron dialectos, y de ellos nuevas lenguas. Las técnicas se diferenciaron, las culturas se diversificaron. La gran transparencia que resulta de la creación de formas eficaces de organización del espacio no ofrece más que ventajas. Para resolver un mismo problema hay que disponer de varias soluciones, aunque sean imperfectas: en un mundo que cambia, esto proporciona una mayor flexibilidad así como aptitud para adaptarse a las novedades.

La organización del espacio: una obra progresiva

La organización del espacio que descubre el geógrafo responde, con mayor o menor perfección, a los imperativos funcionales de la sociedad actual. También es el resultado de la construcción de infraestructuras de transporte y comunicación, así como de la puesta en marcha de conmutadores eficaces para las relaciones sociales. Es el producto de una historia (Claval, 1968).

La nueva geografía distingue tres niveles en las realidades que analiza: el de las relaciones sociales, que se puede describir en términos de grafos topológicos; el de los sistemas materiales de comunicaciones, que se puede tratar como de las infraestructuras; el de los sistemas de población, con su jerarquía de lugares centrales, ciudades. El hecho de tener en cuenta estas tres etapas no significa que se trate de realidades autónomas, y de las que una podría conducir a las otras. El espacio geográfico es una realidad, tanto natural, como material y social.

La debilidad de este tipo de enfoque, al igual que el desarrollado por los naturalistas, radica en el hecho de hablar de los acontecimientos humanos ignorando a los individuos, sus iniciativas y elecciones. La geografía humana clásica y la nueva geografía, presentan la particularidad de ser ciencias humanas que nunca hablan de éste.

EL TEMA DE LA PRODUCCIÓN DEL ESPACIO

Alrededor de 1970, los geógrafos son los primeros en lamentar las limitaciones de los procedimientos que utilizan. Como hombres de campo, les gusta descubrir nuevos paisajes y entablar contacto con las personas. Armand Frémont deplora el carácter frío y desencarnado

de la mayoría de las publicaciones recientes: no dan cuenta de lo que representa el encanto de una escena o de un país; el carácter fuerte de los campesinos y chalanos en el mercado normando, por ejemplo.

Las insatisfacciones expresadas por los geógrafos se sitúan, con frecuencia, en otro nivel: las distribuciones humanas que analizan parecen resultar de la confrontación con la naturaleza, o de la lógica que se impone cuando se desea controlar los espacios o cuando las relaciones son difíciles. Nunca se trata de las preferencias de los individuos, sus sueños, las utopías que los empujan a actuar. El ser humano nunca actúa libremente. Es un peón sobre el que resulta inútil inclinarse puesto que, basta con conocer las fuerzas que lo obligan y determinan, para comprender la organización del espacio.

De François Perroux a Henri Lefebvre: la idea de espacio estratificado

Los geógrafos no son los únicos que se lamentan de que aspectos de la realidad que consideran importantes, sean apartados a un lado. A los economistas y sociólogos les gustaría encontrar, en los geógrafos, las bases de una reflexión que los guiaría y ayudaría. A falta de descubrirla, intentan desarrollarla.

François Perroux abre camino, en Francia, a través de un artículo sobre el espacio económico, que publica en 1950 (Perroux, 1950). La idea que defiende es que el espacio es, fundamentalmente, una estructura en capas. El tema en sí no es demasiado reciente: la idea se encuentra en la base de una buena parte de los desarrollos funcionalistas, puesto que en ellos se pueden distinguir los grafos topológicos de las redes sociales (la dimensión social), las redes de comunicación (la base material) y la traducción en el espacio de las redes sociales (la combinación de estas dos dimensiones).

François Perroux también distingue tres niveles. En la base está el espacio material, el que es analizado por los geógrafos: está estructurado en regiones geográficas. En el segundo nivel, Perroux sitúa el espacio económico, donde se inscriben los flujos de bienes, personas e informaciones. Ampliando la perspectiva, también se podría hablar de espacio social. El estudio de las regiones económicas y de la polarización cubre este aspecto de lo real. Y finalmente, en tercer lugar, hay que distinguir el de la *región-plan*. Para Perroux, el espacio no sólo es una realidad material y un dato socioeconómico. Se trata de una realidad ideal. Para encontrar la forma en que se han estructurado e implantado los sistemas de producción, es conveniente tener en cuenta los proyectos de los agentes económicos, de las grandes empresas en particular, y de los poderes públicos. La consideración del espacio-plan reintroduce la dimensión humana que los geógrafos habían dejado escapar.

François Perroux aporta una formulación provocadora para las nociones que estaban en el aire: la idea de que el espacio ofrece una estructura en capas constituía el objeto de un acuerdo bastante generalizado. Lo que el artículo de 1950 aporta de nuevo, es el tema del *espacio-plan*, de la *región-plan*: introduce en la interpretación geográfica, los proyectos, preferencias y previsiones. La interpretación propuesta por Perroux tiene tanto éxito que concuerda con los sentimientos compartidos durante mucho tiempo.

Los marxistas nunca habían tenido demasiado en cuenta el espacio. Marx se había interesado, en las primeras fases de su reflexión, por espacios geográficos de la realidad social y económica —la explotación de los espacios periféricos por regiones centrales del planeta en

la época de la acumulación primitiva, y la oposición ciudades/campos, por ejemplo. En el *Capital*, los había dejado en un segundo plano, puesto que era el precio que tenía que pagar podía enfocar la historia de forma dineraria hacia una ruptura y darle a su mensaje un contenido revolucionario. Más adelante, lo único que retuvo la atención de los investigadores marxistas fue el tema de la oposición centro/periferia. Disfrutaban incluso de un éxito considerable durante los años 50 y 60, puesto que permitía interpretar el retraso del Tercer Mundo en términos de dominación, y hacía cargar con la responsabilidad de su génesis a los empresarios y Estados del mundo industrializado.

El partido comunista francés se distinguía por el monolitismo de sus posturas doctrinales. Para los intelectuales que se adherían a él, había varios niveles dentro de la misma realidad, pero únicamente contaba, en definitiva, el económico, puesto que precedía jerárquicamente a las demás.

Henri Lefebvre es, en sus comienzos, un hijo de las altas esferas, un marxista ortodoxo. Filósofo de formación, se interesa, como es frecuente en aquella época, por la sociología, especialmente la de las ciudades. Las cuestiones que se plantea por el contacto con las realidades urbanas, se acercan a aquellas con las que están enfrentados, por aquel entonces, los geógrafos. No les consulta —el desprecio manifestado por los filósofos y sociólogos hacia la geografía, en esa época, es general como lo muestran las obras de Michel Foucault y las de Pierre Bourdieu—; ¡los problemas espaciales son tan importantes y tan serios, que no pueden ser solucionados por intelectuales mediocres como los geógrafos!

Henri Lefebvre desarrolla una reflexión personal acerca de la naturaleza del espacio (Lefebvre, 1974). Ésta presenta ciertos rasgos comunes con la imaginada por François Perroux veinte años atrás. ¿Hay una influencia directa? No es imposible, pero podría ser porque los temas estaban en el aire cuando Lefebvre tomó conocimiento de ellos. Para él, el espacio es un pastel hojaldrado con tres niveles, el de las realidades materiales (la naturaleza, si se quiere), el de las realidades sociales (el espacio ocupado por los fenómenos sensoriales, incluidos aquellos que son los productos de la imaginación, que constituyen los proyectos, símbolos y utopías) y el de las realidades mentales (las abstracciones formales relativas al espacio). Lefebvre saca de esta conceptualización consecuencias que sus predecesores no habían sabido poner en evidencia: el espacio social no sólo es el resultado del juego de las limitaciones inherentes al funcionamiento de los sistemas ecológicos, o de las dificultades que la dispersión de los seres humanos y el precio del alejamiento hacen pesar en la colectividad. Es la traducción de los sueños y aspiraciones de quienes lo viven. Está modelado tanto por proyectos que alimentan los humanos, como por las dificultades que crea el medio.

La producción del espacio

El análisis de Henri Lefebvre rompe, al mismo tiempo, con los dogmas del marxismo ortodoxo y con las presuposiciones de los análisis funcionalistas. Al reconocerles a los hombres un margen de autonomía, vuelve a replantear la primacía de la economía en el análisis de lo social. Al poner de manifiesto que las intenciones, los planes y los proyectos de los humanos contribuyen en el modelado del espacio en el que viven, presenta el espacio social bajo una nueva perspectiva —los aspectos que dominaban, por entonces, habían demostrado que era a la vez un resultado de la evolución de la naturaleza y un producto de la historia—. Con-

cebido en estos términos, parecía escapar del control de quienes vivían en él. Para utilizar la terminología entonces de moda, estaba cosificado.

Henri Lefebvre subraya que el espacio por donde se mueven los hombres está modelado por sus actividades (lo que evidentemente ya se sabía) y expresa sus aspiraciones, sueños, proyectos y planes, aquello que negaban las teorías reinantes. El espacio, así concebido, no sólo es la resultante de la evolución y el producto de la historia, sino que también es la consecuencia de la capacidad de los seres humanos para proyectar su futuro (Lefebvre, 1974).

Un tema que se presta a contrasentidos

La fórmula de la «producción del espacio» consigue un gran éxito. Presentada bajo esta forma lapidaria y simplificada, le debe una parte de su impacto a los contrasentidos a los que se presta. Henri Lefebvre consideraba como una realidad importante los movimientos sociales que sacudían, por aquel entonces, las ciudades y que daban testimonio de la aspiración a vivir de otra manera, a acceder a tipos de placeres hasta entonces reservados a una minoría y a volver a fundar aquí y ahora, una forma de sociedad ideal. Hablando de producción del espacio, indicaba que sus reivindicaciones tenían que ser tomadas en serio, porque ya contribuían a modelar lo real, y porque todavía contribuirían más en el futuro. Por primera vez en la historia de las ciencias sociales, la Idea hegeliana iba cogiendo su sitio. En vez de utilizar el pretexto de los ardidés de la Razón para no seguir, paso a paso, con la forma en que ésta se inscribía en la realidad, Lefebvre invitaba a los investigadores a pensar en los hombres, explorar sus aspiraciones y reivindicaciones y a hacer hincapié en la realización de sus proyectos.

Lefebvre rompía, de este modo, con uno de los supuestos más constantes de las ciencias sociales tal y como éstas se habían ido formando, progresivamente, desde principios del siglo XIX: el de una ruptura epistemológica que otorgaba a los investigadores algo que escapa a otros, el poder de comprensión de lo real, que les permitía no permanecer a la escucha de lo que pretendían estudiar. Ahí era donde las posturas de Henri Lefebvre se mostraban realmente de izquierdas, puesto que arruinaban, en nombre de una cierta anarquía, la pretensión de los intelectuales de reinar en el mundo.

Para muchos lectores, la fórmula de Henri Lefebvre tiene otro sentido. Invita a las simplificaciones: si el espacio es producto, significa que la primera realidad es social; el contacto con el campo y las poblaciones estudiadas deja de representar la primera etapa de los pasos a seguir por los investigadores interesados en el espacio. Esta realidad debe de tomar su inspiración del análisis —generalmente marxista— sobre la génesis de la forma mercantil, de la forma dineraria y de los avatares ulteriores del Capital. La sociedad, así definida en un espacio abstracto, se precipita, por así decirlo, sobre el terreno que ella misma «produce», imponiéndole sus propias estructuras.

Tal proposición parece evidentemente absurda, puesto que hace de lo social una realidad que sólo llega a ser material, por inscripción en el espacio, tras una evolución que se situaría en un éter del que nadie precisa su consistencia. Resulta extraño constatar que intelectuales que se decían de posturas materialistas, se hubiesen adherido a esta forma, fuertemente idealista, de concebir el espacio. Así es como se leyeron, por lo general, y en particular los sociólogos franceses, las propuestas de Lefebvre.

El discurso sobre la producción del espacio revela insatisfacciones que salen a la luz en los años 60. La respuesta que él les aporta es interesante, pero da lugar a interpretaciones que comprometen la reflexión dejada de lado.

EL ENFOQUE CULTURAL Y EL PROBLEMA DEL ESPACIO GEOGRÁFICO

Las insuficiencias de las concepciones naturalista y funcionalista, que dominaron fuertemente en la investigación geográfica hasta los años 70, vuelven a sentirse con fuerza. Las reacciones de Armand Frémont son compartidas por una fracción cada vez más amplia de la profesión (Frémont, 1976). Las críticas formuladas tocan los mismos puntos que los expuestos por Henri Lefebvre, pero están construidas sobre otras bases.

Los fundamentos del enfoque cultural

Las epistemologías naturalista y funcionalista descansan en la idea de que la naturaleza y la sociedad son datos que el investigador no debe cuestionar. La naturaleza estaba presente antes de la llegada de los seres humanos. La sociedad es el resultado de un acto fundador: los sociólogos, los politólogos y los geógrafos siguen siendo tributarios de las teorías del contrato social: antes de su firma, el hombre era un lobo para el hombre; no había sociedad propiamente dicha. Ésta resulta de la firma del pacto. Todos aquellos que se encuentran asociados participan del mismo modo en el «Leviatán», en el cuerpo colectivo que acaba de ser creado. Éste presenta los mismos caracteres por todas partes.

Una porción fundamental de las investigaciones llevadas a cabo por los sociólogos, los historiadores, los etnólogos y los geógrafos del siglo XIX, muestra que las sociedades no son bloques homogéneos, y que difieren de un punto a otro, de una región a otra o de una época a otra. Sin embargo, la noción de sociedad no se vuelve a cuestionar.

Lo que los epistemólogos contemporáneos rechazan, es la idea de que se pueda hablar de la naturaleza, la sociedad, la cultura o el espacio como de entidades globales y homogéneas. Quienes lo hacen, obtienen la posibilidad de redactar grandes discursos sobre la realidad social, pero su contenido es más retórico que científico. Si queremos construir la teoría sobre bases más sólidas, es conveniente partir de las realidades esenciales, de aquellas que muestra la observación inmediata. Torstein Hägerstrand volvió a tomar, por su cuenta, la idea del demógrafo Lotka, que dice que para analizar los hechos sociales hay que abordarlos tal y como los viven los seres humanos, siguiéndolos en sus trayectorias individuales (Hägerstrand, 1970). Cada uno sigue su propio itinerario. Recibe enseñanzas de quienes lo rodean, que van a completar las que saca de su propia experiencia. Se forma un bagaje, una cultura, que nunca se parece a la de los demás. Sin embargo, quienes vivieron en los mismos lugares y participaron de los mismos círculos de intersubjetividad, están próximos: cuando se comunican, sacan las mismas connotaciones de las palabras. Forman lo que Anthony Giddens llama un *local*, un grupo más o menos localizado y que forma la unidad de base de la vida social y de la realidad cultural (Giddens, 1984).

Las sociedades nacen de la coalescencia, del enredo y la imbricación de *locales*. Son, por esencia, diversas. Sus fronteras son débiles por naturaleza. Algunos grupos sólo se desarro-

llan en las ideologías, o tras la acción reguladora y uniformizadora de ciertas formas de poder, inscritas en espacios con límites bien marcados.

Materia, naturaleza, cultura y vida social son realidades aprehendidas al mismo tiempo por cada uno. En la experiencia individual no hay ninguna categoría que preceda a otra y se inscriba en un nivel ontológico superior. El mundo es un dato de la percepción; está estructurado por discursos. Los investigadores no tienen un acceso privilegiado a la verdad. Ésta sólo aparece paso a paso, a través del análisis minucioso de los testimonios y experiencias de unos y otros.

El enfoque es cultural en la medida en que las realidades de las que tratan las ciencias sociales estén, en primer lugar, compuestas por elementos percibidos por individuos, la forma que utilizan para hablar de ellas y las prácticas que llevan a cabo. La ciencia es, entre otras, una práctica discursiva, incluso si se diferencia por la aplicación de normas que garantizan su autenticidad.

El espacio de los geógrafos

El espacio de los geógrafos ya no es una extensión natural o un soporte de la vida social. Es un dato sensible donde se yuxtaponen zonas repletas de objetos y seres, y áreas que parecen vacías. Se compone de lugares y territorios a los que los hombres otorgan su afectividad. Es un teatro; las obras que hay, se representan en ambientes que varían en función del decorado formado por los paisajes.

La escena que aprenden los geógrafos combina la materia, lo vivo y lo social. Para ellos son realidades dadas simultáneamente. Tienen un sentido para los seres humanos que las habitan. El espacio está compuesto por lugares y territorios con sentimientos: el lamento, la nostalgia y el horror, a veces, disputan con la alegría de vivir, la felicidad y la armonía.

El espacio no es una extensión neutra, sino una escena donde los actores se dejan ver; está repleta de bastidores donde la calma y la tranquilidad le permiten a las personas encontrarse, prepararse para las confrontaciones públicas y disfrutar de momentos de relax (Goffmann, 1973). Está comunicada por caminos: desde este punto de vista, el espacio aparece como un laberinto en el que se corre el riesgo de perderse. Hay sistemas de marcación y de señalización que guían a quienes no están familiarizados con los lugares. Partes enteras de aglomeraciones constituyen, por así decirlo, «no-lugares», en el sentido de Marc Augé, en la medida en que no existen por sí mismos, sino únicamente para orientar a los transeúntes y visitantes (Augé, 1992).

En cierta manera, el espacio se asemeja a un texto, puesto que está cargado de mensajes que, en ocasiones, le confieren un sentido. Quienes lo modelan, intentan plasmar en la realidad sus perspectivas, sus sueños y esperanzas. También intentan justificar su postura dominante, a través de la creación de paisajes de calidad. Los que viven los espacios así creados, aprenden a leerlos, a descifrar las intenciones de quienes los han concebido y a criticarlos. Interpretan lo que tienen ante sus ojos, a menudo, de manera inesperada.

El papel clave de lo individual

Decir que la naturaleza, el espacio y el tiempo que aprehenden los geógrafos no son categorías objetivas, sino que pertenecen al registro de las experiencias vividas, es situar al indi-

viduo en el centro de la investigación. La geografía humana se interroga acerca de la naturaleza, los paisajes, la ciudad o el campo, tal y como son vividos por los que los habitan o frecuentan. Se interesa por las atmósferas y ambientes. Compara la excitación de los días de fiesta con el aburrimiento, a menudo ligado a la cotidianidad. Deja espacio para los relatos e imágenes ligados a los lugares. Se para en los monumentos que materializan en sí trozos de memoria. Habla del miedo y la esperanza, de la familiaridad y la extrañeza, de la desorientación y el exotismo.

Esta inmersión en lo individual es indispensable porque nadie comparte nunca exactamente la misma experiencia de la cosas, ni ha recibido de las personas de su entorno los mismos conocimientos y consejos, ni ha desarrollado las mismas prácticas, ni da el mismo sentido a su existencia y a la de los grupos de los que forma parte, ni atribuye el mismo significado al mundo que lo rodea, a las realidades terrestres y al Cosmos.

Una reconstrucción de lo social

El espacio, la naturaleza, la cultura o la sociedad son tanto realidades sociales, como individuales. Están construidas a partir de representaciones adquiridas de otros, a través de procesos de comunicación. Las categorías transmitidas tienen un sentido compartido, porque se apoyan en el empleo de los mismos términos y están ligadas al reparto de las mismas experiencias. La sociedad no es una entidad superior que existiese antes que los individuos y se impusiese a ellos como viniendo del exterior: nace al mismo tiempo que la cultura, de los procesos de comunicación y transmisión que aseguran las prácticas, las competencias y los conocimientos.

La estructuración de la sociedad no está ligada, primordialmente, a la distribución de los recursos, al estatus reconocido a unos y otros, a la riqueza adquirida y al poder ejercido por algunos. Resulta de la influencia que ejercen aquellos que crean las categorías utilizadas para aprehender lo real y crean palabras para traducirlas: cada uno recibe, de este modo, de las personas que frecuenta, filtros que le hacen percibir lo real bajo una perspectiva específica. Conoce el mundo y el universo social a través de los discursos que le dan a ver, los jerarquizan e interpretan (Greimas y Courtes, 1979).

El estudio de las categorías utilizadas para cercar lo real no acaba, evidentemente, con el trabajo de los geógrafos. Éstos siguen intentando comparar el universo de los discursos que les revelan sus informaciones, con los que elaboran los procesos científicos que, por otra parte, ellos dominan.

La imagen de la sociedad que se desprende de estas investigaciones es más compleja que las propuestas por las teorías naturalista o funcional.

Lugares, oportunidades y horizontes de espera

El espacio urbano es un marco donde se cruzan y entrelazan una multitud de itinerarios individuales. La gracia de los lugares no sólo tiene que ver con su encanto, la calidad de sus ordenamientos y la belleza de sus paisajes. También se desprende de las personas que se encuentran en ellos, que permanecen, trabajan o hablan (Massey, 1994). Cada lugar ofrece oportunidades de diálogo, experiencias que comparten quienes los frecuentan: todas estas posibilidades nacen de la combinación específica de trayectorias convertidas en tiempos paralelos.

A menudo, imaginamos las culturas como bloques homogéneos. Esto tiene que ver con sus componentes normativos y el control colectivo que se suele ejercer en el seno de los grupos. Las culturas son, de hecho, realidades porosas. Las personas aprenden como viven los demás durante los múltiples encuentros que organizan. Construyen una idea de lo que podría ser su propia existencia: se forman horizontes de espera marcados, en efecto, por los valores de los grupos a los que pertenecen, pero que también son el resultado de los múltiples encuentros que han tenido.

Los espacios de los que se ocupan los geógrafos son, a veces, como lo subrayaban los estudios funcionales, objeto de una vigilancia que limita la libertad de cada uno. También están formados por lugares de encuentros donde uno se compara con los demás y descubre que es posible coger las riendas de su destino y construir su futuro. El mundo está, por así decirlo, marcado por encrucijadas donde las personas toman el camino de la libertad y la responsabilidad.

Lugares, territorios e identidades

Los intercambios entre los individuos les permiten tomar conciencia de lo que comparten con sus socios y de aquello en lo que se diferencian. Así es como se forjan los sentimientos de identidad que cimientan los grupos, suelen crear fuertes conciencias de pertenencia y motivan una gran cantidad de comportamientos individuales y colectivos.

La sociedad está formada por grupos estructurados debido a la visión que tienen las personas de sí mismas y de los demás. Descubren aquello que tienen de específico oponiéndose a la imagen que se forjan de los demás: aquí somos inmigrantes; poco nos importan los franceses de pura cepa que presumen de estar en su casa; también tenemos derecho a ser nosotros mismos, a sentirnos como en casa. Para demostrarlo, no hay nada como controlar un espacio, por muy pequeño que sea, donde uno se encuentra entre los suyos.

De este modo, los lugares están indisolublemente ligados a los sentimientos de identidad, puesto que algunos sirven como puntos de reunión para los que se sienten próximos. Conservan, en su paisaje, signos que han aprendido a valorar. Los lugares de identidad, cuando son adyacentes, forman conjuntos coalescentes y constituyen territorios.

Así, la escena estudiada por los geógrafos está enriquecida por sentimientos y recuerdos. Ayuda a los hombres a dotarse de una memoria colectiva. Joël Bonnemaison tenía por costumbre insistir en los grupos que asimilaron los territorios en los que vivían hasta tal punto, que no podían ser alejados de ellos sin demostrar graves trastornos psicológicos (Bonnemaison, 2001). Hablaba, a este respecto, de sociedades geográficas: los ejemplos más clásicos se observan en los aborígenes australianos, los melanesios o en África oriental. Pero todos los grupos son, en menor grado, sociedades geográficas.

La ontología espacial

El espacio estudiado por los geógrafos actuales no sólo se distingue por sus cualidades físicas, los ordenamientos recibidos, los usos que hicieron de él o las personas que reúne: su profunda naturaleza, ontológica, cambia a veces de un punto a otro.

Hace tiempo que se sabe que en las sociedades polinesias algunas áreas son tabú. Están prohibidas para el común de los mortales. Aquellos que violasen esta prohibición se expon-

drían a los peores castigos: los que provienen de los espíritus que gobiernan el mundo. Los espacios sagrados se oponen a los espacios profanos porque son el reflejo del más allá, donde se alojan los principios y los dioses que dan forma a lo real y pesan sobre los destinos humanos. En algunos casos, las fuerzas que dirigen el mundo se encuentran en el propio corazón de las cosas o de los seres presentes en el paisaje, y entonces se habla de inmanencia; en otros casos, los dioses residen en el cielo: nos encontramos en este caso en la esfera de la trascendencia (Claval, 2001).

¿Cómo nacen las creencias que constituyen el origen de estas formas de diferenciación del espacio? La comunicación le confiere a ciertos personajes una autoridad considerable: se benefician de ello los ancianos, en los mundos de tradición oral, los profetas ahí donde Dios se dirigió a los hombres, los filósofos allí donde pretenden acceder a la esfera de la razón y los teóricos del progreso en las culturas donde se toma el modelo sobre las utopías del futuro. Estos individuos, por el hecho de dominar ciertos canales de comunicación, monopolizan el acceso a los otros mundos que desvelan el sentido oculto de lo real, ponen de manifiesto sus lagunas y defectos, y proponen normas a seguir para mejorar el estado existente. Así es como se construyen sistemas de valores, religiones e ideologías. El espacio explorado por los geógrafos tiene una naturaleza ontológica que difiere ahí donde los otros mundos afloran, lo que traduce el carácter sagrado de éstos.

La consideración de la diversidad ontológica del espacio geográfico va a la par de la consideración, en el análisis de la vida de los grupos, del papel de los valores y las normas. Desde este punto de vista, la ruptura con las presuposiciones de los enfoques positivos está, evidentemente, consumada.

La atención prestada a los procesos hasta ahora ignorados

El enfoque cultural lleva a los geógrafos a atarse a procesos que habían ignorado durante mucho tiempo. Exploran, atentamente, los diferentes aspectos de la comunicación. Los contenidos transmitidos de individuo a individuo y de generación en generación no siempre son los mismos: en los grupos donde dominan el componente oral y la imitación, los gestos y las prácticas, las actitudes se copian fácilmente. Los mensajes abstractos pasan con mayor dificultad. Es lo contrario de lo que sucede ahí donde los intercambios se hacen por escrito. Los medios de comunicación modernos dejan mucho sitio a la palabra y a la imagen, pero pueden difundirse lejos.

Con frecuencia, la comunicación tiene como objetivo transferir informaciones, lo que implica importantes flujos que el obstáculo de la distancia molesta o incluso impide. Cuando el mensaje es breve y tiene un contenido simbólico, permite encontrarse a todos los que comparten los mismos ideales, y oponerse a los que no se sienten identificados: este tipo de intercambio lleva a negar los efectos de la distancia.

CONCLUSIÓN

Las concepciones que los geógrafos tienen del espacio han sido imaginadas para resolver los problemas que les parecían más importantes cuando analizaban lo real. A finales del siglo XIX y en la primera mitad del siglo XX, la perspectiva era naturalmente evolucionista: lo que

interesaba poner en evidencia eran las condiciones en las que se insertaban en la naturaleza los grupos sociales. En los años 50 ó 60, el punto de vista que predominaba se había convertido en funcional: los investigadores se preocupaban especialmente por el equilibrio y la organización de la vida social.

Estas concepciones de la disciplina se mostraron fecundas. Las teorías que estructuraban, aclaran el papel de los soportes ecológicos en la vida de los grupos, así como el peso de la distancia en las interacciones sociales. Siguen siendo indispensables para quien quiere comprender el lugar del hombre en la naturaleza, los desequilibrios que engendra y limitación que la distancia origina en la vida de relación.

El enfoque cultural parte de una visión diferente de lo real. El observador ya no acepta la idea de que la naturaleza, la sociedad o la cultura sean realidades que se imponen por sí mismas. Las pirámides ecológicas, los grupos sociales, los sistemas de representación no se muestran igual en todas partes. Los contornos de las zonas donde son homogéneos resultan mucho menos evidentes que antaño. El discurso del investigador se adapta a esta situación. Ahora, a lo que se aferra, es a la historia de cada persona, al itinerario que sigue, a los encuentros que tiene. El individuo aprende a arreglárselas en la vida a través de los contactos que entabla y las experiencias que comparte. Las recetas que conoce, el sentido que le da a las palabras, las imágenes que le son familiares, las comparte con quienes forman parte de sus mismos círculos de intersubjetividad. La sociedad se labra a partir de estas experiencias.

En la perspectiva naturalista, el espacio estudiado por los geógrafos no era una categoría abstracta, geométrica: estaba formado por la yuxtaposición de miles o millones de ecosistemas presentes en la superficie de la tierra. El análisis funcional distinguía tres niveles: redes sociales, redes de comunicación y red de los establecimientos humanos. La estructura del espacio se encontraba dispuesta en capas, pero sin que se pudiese aislar un nivel de los demás.

Las epistemologías naturalista y funcionalista no dejaban ningún lugar para el individuo y sus iniciativas. El enfoque cultural corrige estas orientaciones: al concebir el espacio como una escena donde los seres humanos se ofrecen al espectáculo, representan papeles que los valorizan, los enriquecen o les aseguran ciertos poderes, tiene en cuenta al individuo y las iniciativas de que es autor. Nos hace descubrir el sentido que le dan los seres humanos a los decorados que los rodean y que, en gran medida, han construido. Nos hace entrar en el universo de sus valores y creencias, y aclara las estrategias que retienen en su vida social, política o cultural.

Las tres perspectivas, abiertas por la geografía, acerca del espacio, no son contradictorias, sino complementarias. Hay que adoptarlas, una a una, para medir todas las dimensiones de los hechos sociales en sus manifestaciones espaciales.

BIBLIOGRAFÍA

- AUGÉ, MARC (1992): *Non-lieux. Introduction à une anthropologie de la postmodernité*, Paris, Le Seuil.
- BONNEMAISON, JOEL (2001): *La Géographie culturelle*, Paris, CTHS.
- CLAVAL, PAUL (1968): *Régions, nations, grands espaces*, Paris, Marie-Thérèse Genin.
- CLAVAL, PAUL (1995): *L'Histoire de la géographie*, Paris, PUF.

- CLAVAL, PAUL (1998): *Histoire de la géographie française de 1870 à nos jours*, Paris, Nathan.
- CLAVAL, PAUL (2001): «The geographical study of myths, *Norsk Geografisk Tidsskrift*, Vol. 55, n° 3, pp. 138-151.
- FRÉMONT, ARMAND (1976): *La Région, espace vécu*, Paris, PUF.
- GIDDENS, ANTHONY (1984): *The Constitution of Society*, Cambridge, Polity Press.
- Goffman, Eric, 1973, *La Mise en scène de la vie quotidienne*, Paris, les Editions de Minuit.
- GREIMAS, A. J. ET J. COURTES (1979): *Sémiotique*, Paris, Hachette.
- GUSDORF, GEORGES (1976): *Naissance de la conscience romantique au siècle des Lumières*, Paris, Payot.
- HÄGERSTRAND, TORSTEIN (1970): «What about People in Regional Science», *Papers of the Regional Science Association*, vol. 24, pp. 7-21.
- LEFEBVRE, HENRI (1974): *La Production de l'espace*, Paris, Anthropos.
- MASSEY, DOREEN (1994): *Space, Place and Gender*, Cambridge, Polity Press.
- PERROUX, FRANÇOIS (1950): «Les espaces économiques», *Economie appliquée*, vol. 3, Repris aux p. 123-125 de François Perroux, 1961, *L'Economie du XXe siècle*, Paris, PUF.
- RATZEL, FRIEDRICH (1897): *Politische Geographie*, Munich, Oldenburg.
- SUESS, EDUARD (1883): *Das Antlitzte der Erde*; trad. fse par H. et G. Termier, *Le Visage de la Terre*, Paris, A. Colin, 3 vol.
- ULLMAN, EDWARD (ed. By Ronald R. Boyce) (1980): *Geography as Human Interaction*, Seattle, University of Washington Press.

